

Domingo Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo

***“SOY EL PAN VIVO QUE HA BAJADO DEL CIELO EL
QUE COMA DE ESTE PAN VIVIRÁ PARA SIEMPRE”***

14 Junio 2009 P. Carlos Padilla

“Esto es mi cuerpo. Ésta es mi sangre”

Hoy la Iglesia celebra la gran **solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo**. Esta fiesta comenzó a celebrarse ya en el siglo XIII, con el fin de manifestar al mundo la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Por eso surgen las procesiones, como las que hoy vivimos en nuestra Iglesia de Madrid. Ante un mundo que no cree en Dios, **sale la Iglesia a las calles a proclamar, a gritar, que Cristo vive**. A su paso, toda rodilla se dobla y manifiesta el respeto y devoción a la presencia viva del Señor. Quien se arrodilla ante Dios, no necesita arrodillarse delante de ningún hombre. La presencia de Cristo es real y su bendición nos llega a todos. El Cuerpo de Cristo está vivo, para regalar su gracia a los que lo contemplamos. Cristo se ha quedado entre nosotros. Se hace visible para que no nos excusemos en que no podemos tocarlo o verlo. Ahí está y el mundo vive de espaldas a Él, como si no existiera. El amor se hace carne y se concreta, se muestra en un pan, que es su cuerpo partido, en un vino que es sangre derramada por nosotros. Se rompe por nosotros, para que nadie se quede sin recibirlo. Hasta el último trozo de su cuerpo puede alimentar al alma. Su vida es un alimento que no caduca, sigue siendo **el alimento que llena verdaderamente el corazón**.

El otro día me comentaba una persona, después de más de 35 años de matrimonio: *“Un beso de mi mujer por la mañana es como ir al Santuario”*. Así de concreto es el amor humano. Si el amor conyugal no se expresa, se enfría. Y cuando se expresa, lleva al cielo, a lo más sagrado. Así de concreto es el amor de Cristo, que quiso quedarse en medio nuestro de tal forma presente, que pudiéramos tomarlo en nuestras manos y comerlo, de forma natural: *“Soy el pan vivo que ha bajado del cielo, el que coma de este pan vivirá para siempre”*. La carne de Cristo se convierte en nuestro alimento. Nuestras manos débiles y vacías pueden contener aun Dios todopoderoso. ¿Cómo podrá Dios caber en un pequeño trozo de pan? Nuestra boca puede recibir a Aquel que es eterno e inabarcable. Es la contradicción de esta fiesta: **Un trozo de pan contiene la eternidad; un poco de vino es la presencia de un Dios que lo puede todo**.

Decía un Padre de la Iglesia, S. Teofilacto: *“el pan y el vino son alimentos a los que estamos acostumbrados y, si viésemos la carne y la sangre, no podríamos tomarlos. Por esto el Señor, acomodándose a nuestra enfermedad, conserva las especies del pan y el vino”*. Así es Dios. Quiso hacerse carne para que pudiéramos tocarlo y seguirlo. Se hizo palabra para que su voz fuera comprensible. Se hizo llanto, para que entiéramos su tristeza cuando no lo amamos. Se hizo sangre para que viéramos que Él sufre por nosotros. Se hizo pan partido para que entiéramos que, si lo hacemos parte de nuestro cuerpo, Él nos hará parte de Dios. Comemos a Dios en nuestro interior y Él nos hará semejantes a su esencia. **Sí, si permanecemos en Él, viviremos para siempre, que es lo que desea**

el corazón. Pero sólo cuando nuestro corazón sea capaz de partirse por amor y entregarse, como el suyo, a los demás. De esta forma nos atreveremos entonces a comerlo. En **su pequeñez quiere hacerse parte de nuestra vida.** El todopoderoso, el omnipresente, el que es eterno, se hace concreto, presente y actual en una comida, que está llamada a saciar nuestra verdadera hambre. **Porque el hambre que tenemos es de amor. Nunca estamos saciados y su pan quiere saciar el corazón inquieto.** Sólo llenos de Dios y de su amor podremos saciar el hambre de tantos que buscan a Dios sin saberlo. De aquellos que no creen en Dios, que celebran bautizos civiles, porque no le conocen, de aquellos que no lo quieren porque no han visto su amor en sus vidas.

Nuestro corazón desea la eternidad. Por eso el hombre se empeña en prolongar la vida de forma indefinida. Ahora una persona llega a los 80 casi sin problemas. Ahora, más que antes, me toca acompañar a matrimonios que celebran sus bodas de oro. El **miedo a la muerte**, sin embargo, nos acompaña hasta el último suspiro de vida. No queremos morir. La llamada *“primera pandemia del siglo XXI”*, ha llegado a nuestras vidas y asusta al hombre. Lo que no podemos controlar nos da miedo. Sin embargo, ahora hay más tranquilidad, al ver que se puede controlar la enfermedad. El hombre le tiene miedo sólo a lo incontrolable. Lo que domina no le asusta. Por eso tiene miedo a la enfermedad que causa la muerte, el final de todo lo tangible, y busca medios para sanar tantas enfermedades, que siguen poniendo en peligro nuestras vidas. **Porque el corazón no quiere la muerte, quiere vivir para siempre.** Hoy logramos vivir más y, no obstante, no por eso somos más felices. **Nos da miedo la muerte y también una vida infeliz.** Por eso, en cuanto sufrimos la enfermedad, queremos entonces que la vida acabe pronto. **Nos parece injusto sufrir y hacer sufrir a otros** por nuestra culpa. Pensamos que una vida así no vale la pena y creemos que se puede acabar con ella.

El gobierno andaluz ha aprobado **una ley de muerte digna.** Porque se parte de la base de **que hay vidas no dignas.** En esta ley se quiere lograr que se pueda permitir acabar la vida de aquellos enfermos, cuya calidad de vida no es la suficiente. La pregunta es: ¿Quién determina qué calidad de vida es suficiente para vivir? ¿Cuál es la medida que nos da la seguridad de que, una vida en concreto, no merece ser vivida más tiempo? ¿Puede el hombre fijar, de acuerdo a su criterio humano, cuándo una vida no es suficientemente digna para ser vivida? Acaba de salir a la luz el último libro de **Olga Bejano**, una mujer pentapléjica que falleció el pasado diciembre. El libro se llama *“Alas rotas”*. Su madre comentaba que la lectura de sus libros había salvado al menos la vida de cuatro personas que querían suicidarse. Dios no nos ha dado el derecho a decidir sobre la vida y la muerte. No nos permite decidir el comienzo de la vida, ni tampoco quiere que decidamos el final. Ni cuando la vida está en el útero de la madre, ni cuándo estamos a las puertas de la muerte. **Sólo Él puede poner el punto final a una existencia. No es posible juzgar la inutilidad de una vida.** Y lo que está claro es que, cuando el hombre se atribuye este derecho, sin mirar a Dios, está jugando a ser dios.

Es cierto que el corazón desea una vida eterna y feliz. No desea el sufrimiento eterno, eso es obvio. Cristo nos dijo: *“«Tomad, esto es mi cuerpo.» Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: - «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.»»* Cristo pronuncia estas palabras en un momento en que no comprenden sus discípulos. Saben que algo extraño está a punto de pasar, están preocupados, pero no saben el alcance de estas palabras. **Ellos quieren vivir eternamente, tienen sus planes y proyectos de felicidad.** Las palabras de Jesús resuenan en sus almas: *“El que coma de este pan vivirá para siempre”*. Son las palabras que nosotros también llevamos grabadas en el corazón. Cristo se hace pan y vino. Cristo eleva el pan y el vino y los convierte en su presencia santa en la tierra. Desde ese

momento su cuerpo será pan y su sangre vino. Cuando nos falta la fe, no somos capaces de ir más allá de esos dos alimentos que nos dejó Cristo. Vemos sólo pan y sólo vino. **Cristo nos dejó su presencia para recordarnos lo más esencial en la vida, para ser capaces de mirar más alto, más arriba.** Estamos hechos para la vida, para una vida con mayúsculas. Detrás del pan que recibimos, de su Cuerpo, vemos la eternidad, se nos abre el cielo, el sentido último de la existencia.

Sin embargo, con frecuencia no vemos a Dios vivo detrás de los acontecimientos normales. No vemos a Dios cuando no entendemos nuestra propia vida. Estoy acompañando desde hace un tiempo **un grupo de mujeres separadas.** Es un grupo que se llama Betania. **Betania es la casa de Lázaro, Marta y María.** Era allí donde descansaba Jesús, donde podía tomar aire, donde encontraba paz. En Mateo 21, encontramos la historia de la higuera. Jesús ha estado en Jerusalén y ha visto las cosas en el templo. Su corazón está dolido con el desengaño. Por la mañana, cuando va de camino, tiene hambre, y viendo una higuera, se acerca para ver si tiene frutos. Pero no encuentra ninguno, y dice, «*Nunca jamás nazca de ti fruto*». Betania significa “*Casa de los higos*”. **En Betania siempre hay fruto.** Jesús, que es rechazado en tantos corazones, **en Betania es acogido en corazones anhelantes de plenitud.** Por todos estos motivos eligió este grupo ese nombre. Porque en ellas descansa Jesús y ellas descansan en Él.

En este grupo de mujeres separadas, Jesús encuentra corazones heridos y abiertos a su palabra y a su vida. Encuentra corazones sedientos y con hambre de un amor que no pase nunca, que nunca muera, de un amor verdadero y eterno. **No es fácil ver a Dios vivo y presente en las heridas de nuestra historia.** Ellas, en Betania, aprenden a ver el sentido de un camino, lleno de desengaños y dolores. En Betania descansan y reciben a Cristo en sus vidas. Él es el Cuerpo y la Sangre que comienza a darle un sentido a sus vidas. Porque una mujer que ha sufrido una separación se construye muros para no ser juzgada, se pone límites, se encierra. **Betania las enseña a amarse con un corazón nuevo, a abrir de nuevo sus vidas. ¿Quién nos juzga? Nadie juzga.** La pregunta que surge en el corazón herido es siempre la misma: **¿Cómo llegar a amarnos a nosotros mismos y así volver a confiar?** El corazón no quiere respetar los tiempos, lo quiere todo de forma rápida y enseguida. Betania tiene un tiempo propio, es el tiempo de Cristo. **Allí es posible aprender a vivir de nuevo.** O mejor dicho, aprender a vivir de verdad una vida auténtica, en profundidad, una vida en Dios. Allí el corazón se sabe amado por Dios y recobra la vida y el pulso del tiempo.

He querido referirme a estas mujeres porque en ellas Cristo se muestra en toda su sencillez. Me recuerda mucho la fiesta de hoy porque en ellas Cristo se manifiesta como un Cristo vivo. **Nos dice la segunda lectura:** “*Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna*”. Cristo nos abre el cielo al partir el pan. Nos muestra el sentido último de nuestra vida que va más allá de nuestros éxitos y fracasos. Hacemos planes, soñamos, pensamos, proyectamos y luego Dios, sonrío, y nos muestra el cielo. Creemos que con nuestros fracasos todo ha concluido, y, sin embargo, en el dolor de la pérdida, Cristo se hace pan partido, alimento de vida eterna. **El Sagrario es la puerta del cielo.** A través de sus puertas vemos el sentido a nuestras vidas, vemos los planes truncados en el marco más grande de la luz de Dios. **Su presencia le da un sentido último a nuestras frustraciones.** Su entrega nos da la liberación que soñamos, una liberación eterna.

Dios ama al hombre y desde el comienzo ha buscado la intimidad con él. La primera Lectura nos muestra la alianza de Dios con su pueblo. Dios se abaja para encontrarse

con el hombre y el hombre responde. **Moisés sella un pacto con ese Dios personal:** *“En aquellos días, Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos; y el pueblo contestó a una: - «Haremos todo lo que dice el Señor.» Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor. Se levantó temprano y edificó un altar en la falda del monte, y doce estelas, por las doce tribus de Israel. Y mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer al Señor holocaustos, y vacas como sacrificio de comunión. Tomó la mitad de la sangre, y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Después, tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió: - «Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos.» Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo: - «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos.» Éxodo 24, 3-8.: **Es una alianza nueva entre Dios y el pueblo escogido. La sangre es expresión de ese pacto.** El compromiso es serio: *“Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos”*. Estas palabras dichas ante Dios nos conmueven. **Dios busca a su pueblo y viene a quedarse con ellos. Y el hombre ofrece su vida** como hijo, tal como lo expresa el salmo: *“Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando su nombre. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava; rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando tu nombre, Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. Sal 115, 12-13. 15 y 16bc. 17-18**

Queremos vivir como Dios nos pide, porque el alimento que nos da el mundo no nos sacia para siempre: *“No encuentro yo deleite en el alimento material, ni en los placeres del mundo. Lo que deseo es el pan de Dios, que es la carne de Cristo y la bebida de su Sangre, que es la caridad incorruptible”, decía S. Ignacio de Antioquía.* El alimento de Dios nos enseña el amor verdadero. El otro día celebramos a **Santa María Rosa Molas** fundadora de las Hermanas de la Consolación. Justo el mismo día en que recordábamos a **S. Bernabé**, cuyo nombre significa: hijo de la consolación. Pensaba en que la presencia real de Cristo en su Cuerpo y Sangre es **motivo de consolación para el alma que desea descansar en Dios.** Es el amor que consuela, que trae paz y descanso al alma agitada. Por eso es tan importante cuidar el vínculo que nos da la verdadera alegría. Necesitamos **cuidar la amistad con aquel que se parte por nosotros.**

La segunda lectura muestra esta amistad con Cristo como el camino verdadero: *“Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerra tienen el poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo. Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna. Hebreos 91 11-15.* Se trata de **una alianza nueva**, de una vida para Dios, de un encuentro, en el pan partido, con el amor más grande que se entrega por nosotros.

La antigua alianza es renovada en Cristo. El Señor sella una alianza con su cuerpo y su sangre: *“La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia”*. La nueva sangre es la presencia viva de Cristo que nos purifica el alma. La Eucaristía es la renovación del sacrificio del amor de Dios por su pueblo. **El Señor quiere cenar con nosotros:** *“« ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?» Él envió a dos discípulos, diciéndoles: - «Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?" Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.» Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua. Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos. Marcos 14-12-16. 22-26.* Cuando leemos estas palabras, recordamos que es Cristo el que quiere cenar con nosotros, quiere

prepararnos una cena para compartir su vida con nosotros. **La eucaristía es esa cena que Dios quiere tener con nosotros cada día.** Sin embargo, con frecuencia, no vivimos la eucaristía como un encuentro de amistad. En ocasiones somos meros espectadores que observan todo desde fuera. **La eucaristía es comunión con Cristo, es encuentro con Aquel al que amamos.** Hay una continuidad con nuestra vida. Cuando en nuestra vida no está Cristo presente, es difícil que estemos presentes en la eucaristía. La amistad que no se cuida se enfría y es muy poco una sola comida a la semana para mantener el amor. Hoy queremos renovarnos en nuestro amor a Cristo presente en la eucaristía. Hoy lo tocamos, lo vemos, porque el amor hay que tocarlo. Las palabras no bastan. Es necesario ver y comprobar que el amor existe, que es auténtico. **Por eso se quedó en su cuerpo, para recordarnos que la intimidad con Él es lo único que desea.**

Cristo quería que su cuerpo, partido por el hombre, fuera un pan y una sangre donde Él se regalara. De esta forma, en su cuerpo y sangre se representa el anhelo del hombre que quiere ser eterno. El grito que surge del corazón al recibir al Señor es un grito de esperanza: **haremos todo lo que dice el Señor.** Eso es lo que queremos, porque nuestra debilidad no nos deja crecer y subir a lo más alto. Queremos amar de verdad. **Hoy es la fiesta del amor partido, entregado hasta el extremo. Es la fiesta de la Caridad. La caridad de Cristo por el hombre.** La eucaristía es el alimento diario para nuestro caminar. Por eso recibe la comunión el nombre de “*viático*”. Es el alimento para el camino. Muchos santos en la historia de la Iglesia han tenido como alimento fundamental a Cristo en la comunión. Hoy, sin embargo, muchas veces no se toma en serio el signo de la comunión. **Acercarnos y tocar a Cristo, hacerlo parte de nuestro cuerpo, es un gesto de amor profundo hacia Dios.**

Hoy miramos a María. Ella vivió esa intimidad con el Señor. Lo llevó en su interior como una custodia viva. Lo entregó a los que estaban más cerca. Ella mantuvo esa intimidad con su Hijo a lo largo de toda su vida. Ella se transformó en la cercanía de ese amor nuevo que regala Cristo hecho carne. Hoy le pedimos a María que nos enseñe a vivir como Ella vivió la proximidad del Señor. Hoy nos arrodillamos en el Santuario a suplicar un corazón nuevo, que sepa acoger el misterio, que se esconde en el pan y en el vino. Porque nos cuesta descubrir a Dios, encontrarlo oculto.

Lo que sucede es que nos falta un contacto más personal con Dios. Decía el P.

Kentenich: *“Si bien para nosotros es natural seguir hablando de Dios, solemos hacerlo por costumbre. Pero yo me pregunto: ¿Es Dios para mí una fuerza viva? ¿Cultivo realmente una relación personal con Él?”*¹. Cristo quiere comer con nosotros y con frecuencia nos cuesta tanto compartir con Él la cena. El Hermano **Roger, de Taizé, hablaba de esta intimidad con Dios a la que se nos invita:** *“Cristo resucitado, por tu Espíritu Santo nos habitas y nos dices a cada uno:” Ven y sígueme, he abierto para ti un camino de vida*”. Se trata de un camino nuevo de vida donde Cristo quiere renovar su alianza con nosotros. Esta semana celebramos a **S. Juan de Sahagún.** Este santo era conocido por la profundidad con la que celebraba la eucaristía. Se sabía cuando empezaban sus misas, no cuándo acababan. Se le aparecía Jesús en la Hostia y hablaba con Él.

Hoy suplicamos vivir cada eucaristía como un don de Dios, como una renovación de nuestro amor personal hacia Dios. Hoy nos arrodillamos como pobres de Dios. Hoy pedimos que ese pan consumido, que ese Dios que se introduce en nuestra vida, pueda cambiar nuestro corazón y hacerlo semejante al suyo. Hoy queremos ir de la misa al mundo, como decía el P. Kentenich, y **llevar así al mundo, como custodias vivas, la presencia real de Cristo en medio nuestro.**

¹ J. KENTENICH, *Nuestra vida a la luz de la fe, Lunes por la tarde*, T. 21, Pág. 192